

## EXCERPTA DE SENECTUTE \*

1. No exagera Pierre Wuilleumier, cuando en el prólogo a la edición del libro *de senectute* publicada en la colección «Belles Lettres», dice textualmente: «dès l'antiquité il (el libro de senectute) a connu le succès»<sup>1</sup>. El libro *de senectute* es un modelo de diafanidad, de buen estilo, de rigor lógico en la argumentación, de todas las virtudes literarias que hacen famosa esta obra desde su aparición.

El volumen está dedicado a Pomponio Atico, confidente y amigo de Cicerón, y se halla inspirado en el noble deseo de aliviar la tristeza y las molestias que suelen ser compañeras inseparables de la ancianidad. La forma utilizada por su autor es la dialogada y los interlocutores del diálogo son Catón Lelio y Escipión. El libro ofrece a la mente de sus lectores las reflexiones y consejos idóneos para hacer más tolerable el grave peso de los años, y si Cicerón no llegó a conseguir el fin que se propuso, hay que agradecerle al menos su noble intención.

2. La oportunidad de este tratado no ofrece duda, pues la vejez nos está llegando o nos ha llegado ya: *onus urgentis aut certe advenantis senectutis*. Estima Cicerón que el recurso más eficaz para curar los males que por lo general aquejan a las personas de edad provectora, no es otro que el cultivo a fondo

\* En estas breves líneas en que me ocupo del famoso libro de Cicerón *Cato maior* o *de senectute* he procurado reunir las *excerpta* que me han parecido más dignas de divulgación. Como vulgarmente se dice, el libro no tiene desperdicio; su prosa es de un ritmo pausado y sus conceptos, como las frases que los expresan, tienen una clara transparencia y una nobleza realmente ejemplar.

El propósito que inspira este libro que comentamos es en extremo laudable, porque en él su autor pretende, nada más y nada menos, que hacer la vejez no sólo tolerable, sino *iucunda* y en abierto contraste con el lugar común de la ancianidad triste y malhumorada, carente de ilusión y de estímulo vital.

Leyendo este librito del Arpinate queda el lector con el ánimo fortalecido y en espera tranquila de la muerte como término natural de nuestra vida. El libro *de senectute* es como un breviario del anciano, lleno de alivios y frases consoladoras, las cuales hacen más llevaderas las postrimerías de nuestra existencia. Escritas estas palabras justificativas o exculpatorias de mi atrevimiento, paso a entresacar los textos de *Cato maior* que me parecen mejores.

<sup>1</sup> *Caton, l'ancien, de la vieillesse*, París, 1969, p. 57.

de la filosofía, la cual por ser lenitivo para los males de la senectud merece agradecimiento. Quien se dedique a la filosofía con dedicación constante y apasionada gozará una vida tranquila y libre de enojos: *omne tempus aetatis sine molestia possit degere*<sup>2</sup>.

3. Con la vejez ocurre algo curioso: todos desean conquistarla, pero una vez alcanzada la mayor parte de los ancianos reniegan de ella y la detractan por los achaques y fastidios que generalmente lleva consigo, lo que constituye una flagrante incongruencia (*de sen.*, II, 4).

Si como ya hemos dicho es admirable la alegre conformidad con que Catón lleva sus muchos años, resulta difícil admitir que quien a lo largo de su vida se ha comportado siempre con ejemplar corrección y un profundo sentido ético, descuide *tamquam ab inerti poeta* el tramo último de su existencia (*de sen.*, II, 5).

4. Alejado de los negocios y condenado a la inacción, no era posible que Cicerón se sustrajese a la tristeza y al desánimo, mas con la publicación del tratado *de senectute* demuestra el Arpinate que todavía posee las egregias cualidades que siempre le adornaron. Buscando la serenidad y el equilibrio moral se refugia en la filosofía para, con su estudio, desterrar la melancolía que invade su espíritu y al mismo tiempo, en un ambiente de gran decadencia moral, contribuir de modo eficiente a la restauración ética de la degradada juventud.

5. La vida, como todas las cosas terrenas, tiene un término fatal insoslayable y Catón supo aceptar, con serena sumisión, la efímera temporalidad de nuestra existencia.

6. El tratado *de senectute* consiguió crear un tipo de vejez casi atractivo, atenuando y hasta eliminando todo lo desagradable que la vejez suele llevar consigo. La vejez en este libro áureo de Cicerón no es algo triste y temible, sino más bien, como él dice, *mollem etiam et iucundam*.

Cicerón busca consuelo para su ánimo entristecido, refugiándose, como ya dijimos, en los serenos estudios de la filosofía, los cuales deparan, según él, los medios precisos para resistir y combatir con energía los asaltos de la adversidad.

7. En otra parte de este libro, Catón acepta poseer la sabiduría que se le atribuye, siempre que se conciba ésta como observancia fiel de los dictados de la naturaleza: *in hoc sumos sapientes quod naturam optumam ducem tamquam deum sequamur eique paremus* (*de sen.*, II, 5).

Obedecer los mandatos de la naturaleza y seguirla *tamquam deum* responde a una actitud desmesurada, pues no todo lo natural es defendible y en múltiples ocasiones actuar contrariamente a lo que la naturaleza ordena no es solamente aconsejable, sino obligación preceptiva.

8. A la tristeza que a muchos causa verse privados del estímulo del placer, se añade la amargura que experimenta el anciano preterido y menospreciado por aquellos mismos que antes le rendían servil pleitesía, *quod spernerentur ab iis a quibus essent coli soliti*.

<sup>2</sup> *de sen.*, I, 3.

9. Son muchos los que no conciben la vida, por lo menos una vida grata, sin el acicate del placer sensual. La vida desprovista de este estímulo es *vitam nullam*; pero también es cierto que una vejez ennoblecida por una conducta irreprochablemente austera y por la posesión de una profunda sabiduría, es de una calidad moral tan elevada que suscita siempre respeto y admiración<sup>3</sup>.

10. Acierta Catón al decir que lo que realmente vale en la estimación de discusiones que surgen sobre una vida no es el número de años que cuenta, sino el modo racional y prudente de haberla vivido: *in moribus est culpa non in aetate*. Los viejos que han vivido con moderación y templanza disfrutan de una serena y grata ancianidad: *tolerabilem senectutem agunt*<sup>4</sup>.

11. Lelio objeta a Catón que el poder, las riquezas, la elevada posición social del ilustre anciano, bien hubiera podido influir en hacer su vejez agradable. Catón reconoce que todas las circunstancias apuntadas por Lelio pueden, en efecto, contribuir a suavizar las asperezas que la vida ofrece. El pobre, el menesteroso, difícilmente pueden tener una vejez agradable, *nec enim in summa inopia levis esse senectus potest*, pero también es cierto que una situación de opulencia no excluye que la vejez sea carga onerosa para el que es un cretino.

12. Un ejercicio asiduo de las virtudes garantiza al anciano una abundante cosecha de frutos muy estimables, y el recuerdo en la edad senil de las buenas acciones de nuestra juventud es también seguro y confortante alivio de nuestros pesares y contratiempos: *mirifico efferunt fructus*.

13. Relativamente a los placeres de Venus, cuya carencia en la vejez suele añorar el anciano con punzante nostalgia, es oportuno recordar aquí el episodio que se cuenta de Sófocles. Preguntado el gran trágico si, a pesar de sus muchos años, usaba todavía de los aludidos placeres, «los dioses me guarden», contestó el viejo, «me liberé de ellos con alegría, como del yugo de un dueño salvaje y despiadado», *sicut ab domino agresti ac furioso profugi*<sup>5</sup>.

¿Qué son y qué alicientes ofrecen los placeres carnales comparados con los que brinda el espíritu?<sup>6</sup> Con relación a éstos concluye Catón que nada puede concebirse que sea superior en la recta estimativa del hombre: *voluptate animi nulla certe potest esse maior*, y añade: *quae sunt igitur epularum aut ludorum aut scortorum voluptates cum his voluptatibus* (los placeres espirituales) *comparandae*<sup>7</sup>.

14. De vez en cuando y sin que obste a la seriedad del tema, tropezamos con un rasgo de humor. Sirva de ejemplo el conocido caso de Salinator. Al perder éste la ciudad de Tarento se envanecía, diciendo a Quinto Máximo: «Gracias a mí, Quinto Máximo, recuperaste Tarento.» «No hay duda», replicó Máximo, «si tu no hubieses perdido Tarento, no me hubiera sido posible re-

<sup>3</sup> *de sen.*, III, 7.

<sup>4</sup> *de sen.*, III, 7.

<sup>5</sup> *de sen.*, XIV, 47.

<sup>6</sup> *Ibidem*.

<sup>7</sup> *de sen.*, XIV, 50.

conquistarlo.» (*Nisi tu amisisses numquam recepissem*). No fue Q. Máximo más valeroso y eficaz en su actuación militar que en la civil: *nec vero in armis praestantior quam in toga*<sup>8</sup>. Poseyó muchas y estimables cualidades, pero la más admirable fue su conformidad en la muerte de su hijo: *quomodo ille mortem filii tulit*.

15. No se cansa Cicerón de insistir en el elogio de la filosofía (*numquam igitur digne satis laudari philosophia poterit*), y el que a ella se consagre logrará vivir bien todas las edades de su vida. Hubo quien, como Gorgias, llegó a cumplir ciento siete años sin abandonar nunca sus estudios y su fecunda labor. En cierta ocasión, como alguien le preguntase qué aliciente ofrecía para él una vida tan dilatada, dio a la pregunta una respuesta llena de sabiduría: *praeclarum responsum et docto homine dignum: nihil habeo, inquit, quod accusem senectutem*. Los «*insipientes*», en cambio *sua enim vitia et suam culpam in senectutem conferunt*, achacando a la ancianidad lo que es consecuencia de sus culpas y de sus yerros<sup>9</sup>.

16. Prosiguiendo Cicerón su precioso ensayo apunta como causa de que se le suela aplicar a ésta el adjetivo «*miser*» (*senectus misera*), el forzoso alejamiento que el anciano sufre de la vida activa (*quod avocet a rebus gerendis*), y también a la endeblez de sus fuerzas físicas (*quod corpus faciat infirmius*) y la forzosa privación de todo placer carnal (*quod privat omnibus voluptatibus*).

Ciertamente que si la vejez impide desplegar actividades que solamente son asequibles a la fuerza y vigor juveniles, no es menos cierto que *res sunt seniles*, que *vel infirmis corporibus animo tamen administrantur*, que hay tareas que encajan perfectamente en la esfera propia de la senectud y que pueden muy bien ser realizadas por personas ancianas y débiles<sup>10</sup>.

17. Los que niegan a los ancianos la posibilidad de ocuparse eficazmente en la gestión de negocios temporales, por impedírseles sus escasas fuerzas físicas, son semejantes a quienes consideran que el «*gubernator*» *in navigando nihil agit*, y ello porque el timonel no realiza los duros trabajos que impone la navegación ciertamente, pero se encarga, en cambio, de manejar quieta y serenamente el timón de la nave que le ha sido encomendada: *clavum tenens quietus sedeat in puppi*<sup>11</sup>. Del mismo modo, los viejos no son totalmente ineptos, pues tienen su propio privativo ámbito de actuación en las funciones que implican dirección y consejo<sup>12</sup>.

18. La tenacidad de Catón para pedir la destrucción de Cartago, como obligado estribillo de sus intervenciones senatoriales, se expresa con la conocida frase proferida con machaconería: «no cesaré hasta ver esta ciudad totalmente destruida, pues si no se la reduce a una absoluta inocuidad, siempre

<sup>8</sup> *de sen.*, IV, 11.

<sup>9</sup> *de sen.*, V, 13 y 14.

<sup>10</sup> *de sen.*, VI, 15.

<sup>11</sup> *de sen.*, VI, 9.

<sup>12</sup> *de sen.*, VI, 17 (*sedebamus in puppi et clavum tenens*).

me inspirará temor» (*de qua vereri non ante desinam quam illam excisam esse congnovero*). Ciertamente que Catón no puede practicar el salto ni manejar la lanza o la espada, pero puede asumir el quehacer muy importante de asesorar y dirigir: *at senatui quae sunt gerunda praescribo et quomodo*<sup>13</sup>.

19. Si nos atenemos a los múltiples ejemplos que nos proporciona la historia, vemos que los grandes estados fueron casi todos destruidos por la vesanía juvenil, y restaurados y mantenidos por los ancianos. En el tratado *de officiis* Cicerón ha dicho de modo conciso y expresivo: *temeritas est videlicet florentis aetatis, prudentia senectutis* (*de off.*, 11, 22).

20. La afirmación de ineptitud de los viejos se limita a las actividades propia y específicamente juveniles, pues hay otras que son característicamente privativas de los ancianos y a las que éstos se aplican para ejercitarlas con todas sus energías espirituales. Que la vejez no empece a las tareas intelectuales, lo prueba Cicerón con el ejemplo de Sófocles. El gran trágico escribió sus obras en edad muy avanzada<sup>14</sup>. Se creyó que sus trabajos literarios perjudicaban gravemente la buena administración de sus bienes (*quod propter studium cum rem negligere familiarem videretur*). Sus hijos trataron de someterle a interdicción como pródigo y a privarle judicialmente de toda intervención en el patrimonio familiar. Por toda defensa leyó Sófocles ante el tribunal su *Edipo en Colona*, con el fin de que los jueces considerasen si se podía dudar de la salud mental de un hombre como Sófocles, capaz de escribir una obra de tan alta calidad. No se hizo esperar la absolución del gran trágico y con ello la prueba de que la vejez no siempre impide el genial ejercicio de la mente.

21. En otro pasaje de esta obra afirma Cicerón que la condición del viejo es mejor que la del adolescente, pues éste confía y espera vivir y el anciano ha vivido ya (*ille volt diu vivere, hic diu vixit*)<sup>15</sup>. Una de las innegables ventajas que la vejez ofrece es que permite saborear con el recuerdo el bien realizado, las virtudes ejercitadas<sup>16</sup>. En cuanto a la muerte, se sienta el principio de que nada es más natural que morir: *quid est autem tam secundum naturam quam senibus emori?*

22. Por ser la muerte un fenómeno natural y enemiga de lo espectacular y aparatoso, creemos oportuno reproducir aquí los famosos versos de Enio: *nemo me lacrumis decoret neque funera fletu faxit*, y añade Cicerón: *non censet lugendum esse mortem quam immortalitas consequatur*; que nadie, dice, pretenda honrar mi cadáver con sus lágrimas, ni perturbe con su llanto el silencio sagrado de la muerte.

La muerte no debe intimidarnos. Las legiones romanas —refiere Catón en

<sup>13</sup> *de sen.*, VI, 18. Apio Claudio además de sus muchos años estaba ciego: *ad Appi Claudii senectutem accedebat etiam ut caecus esset*, y a pesar de su ancianidad y su ceguera intervino en las sesiones del Senado muy lúcidamente y con frecuencia (*de sen.*, VI, 16).

<sup>14</sup> *de sen.*, VII, 22.

<sup>15</sup> *de sen.*, XIX, 68.

<sup>16</sup> *de sen.*, XIX, 71.

sus *Origenes*— iban con ánimo sereno y hasta con exultante alegría (*alacri animo*) a ocupar en el combate las posiciones más peligrosas, a sabiendas de que su regreso con vida era prácticamente imposible. Y pregunta Catón en este pasaje: «lo que unos adolescentes y gente sin formación y sin cultura desprecian, ¿amedrentará a personas formadas y cultas?»<sup>17</sup>.

23. La muerte del anciano difiere de la del joven. Según Catón, el joven suele morir violento, como arrollado por una corriente impetuosa que apaga la fuerza de la llama que arde en el adolescente: *ut cum aquae multitudine flammae vis opprimitur*. La muerte del viejo acaece suavemente, con espontaneidad, *nulla adhibita vi consumptus ignis extinguitur*<sup>18</sup>.

El mejor modo de morir es la muerte que sobreviene naturalmente, es decir, cuando la misma naturaleza que construyó la máquina humana se encarga de destruirla, *eadem optime, quae conglutinavit dissolvit*. Es más fácil y suave destruir un artilugio viejo que uno joven recién construido, *conglutinatio recens aegre inveterata facile divellitur*. La manzana en el árbol si está verde y turgente se ha de arrancar por la fuerza (*cruda si sunt, vi evelluntur*), pero si está madura y en sazón, cae, se desprende suavemente.

La muerte puede sobrevenir en cualquier momento, y el que obsesivamente la teme, porque amenaza siempre (*omnibus horis impendentem*), ¿cómo podrá vivir tranquilo? (*qui poterit animo consistere*). En conclusión: *moriundum enim certe et incertum an hoc ipso die*.

Para probar las relevantes aptitudes de los viejos, no olvida Catón citar a Sócrates, proclamado por el oráculo de Apolo el más sabio de todos los hombres, el cual el último día de su vida disertó de modo admirable *de immortalitate enim animorum*. La digresión socrática concluye con la conocida sentencia: «nada hay tan semejante a la muerte como el sueño»: *nihil esse morti tam simili quam somnum* (*de sen.*, XX, 81).

Como concepción del alma que nunca pudo comprender Catón (*numquam persuaderi potuit*), se dice también que las almas viven mientras permanecen en los cuerpos (*dum in corporibus essent mortalibus vivere*), y que mueren cuando abandonan el habitáculo de nuestro cuerpo: *cum excessissent ex iis, emori* (*de sen.*, XXII, 80).

El resultado que arroja el balance de nuestra vida es, según Catón, a todas luces negativo: *quid habet enim vita commodi? quid non potius laboris*, y tan cierto es el axioma según el cual la vida es penosa, que si los dioses decretasen en que yo volviese a mi edad juvenil (*ut ex hac aetate repuerascam*), recusaría el divino acuerdo (*valde recusem*). Los hombres saben muchas cosas antes de nacer (*pleraque antequam nati sint*), aprenden muchas cosas difíciles. En realidad no las aprenden, sino más bien las recuerdan (*reminisci*). Esto es aproximadamente lo que sostenía Platón. Las almas de los hombres existían ya antes de entrar en los cuerpos, y existirán también después que salgan de ellos.

<sup>17</sup> *de sen.*, XX, 75.

<sup>18</sup> *de sen.*, XIX, 71.